

3

INSTITUTO DE FILOSOFIA

**boletín
filosófico**



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE

FACULTAD DE HUMANIDADES

NOVIEMBRE 1971

Al presentar este tercer número del BOLETIN FILOSOFICO, queremos recordar que los temas están directamente vinculados al desarrollo de las cátedras, de manera que son los alumnos sus destinatarios fundamentales.

El lector podrá observar que todos los trabajos guardan unidad en el enfoque, puesto que tienen como mira fundamental nuestra ubicación en un Tercer Mundo que transita el camino de su liberación.

Se publica un Informe realizado por un grupo de alumnos pertenecientes a la cátedra de Introducción a la Filosofía del año 1971. Así, se inaugura una nueva sección del Boletín a cargo de los alumnos.

Entendemos que de esa manera se reflejará más acertadamente el trabajo filosófico que se realiza en la comunidad de nuestro Departamento.

Cuerpo de Profesores del
Instituto de Filosofía

LA VIDA ETICA COMO REFLEXION Y VIRTUD:
CAMINO DE ESPERANZA Y LIBERTAD

Miguel Verstraete

Un estudio crítico acerca del hombre nos ofrece la posibilidad de plantear una serie de preguntas que se encuentran en relación directa con la madurez de uno mismo y de la historia. "La historia universal, en efecto, no es sino el despliegue de la conciencia de libertad" (1). El hombre en su crecimiento o en la marcha de maduración se abre a la "totalidad del vivir". Ese desarrollo consiste en alcanzar el pleno "ser" y "saber", esto es: el tólos donde el espíritu se ha experimentado plenamente y se ha "consumado" su historia.

El camino del progreso comienza en el mundo griego, y se plasma en la máxima del "conócete a tí mismo" de Delfos, única forma de encontrarse a sí mismo "por la aplicación y el saber" (2). Sólo por la re-flexión y la experiencia de sí mismo se revela aquello a lo cual tiende el hombre como fin último que Aristóteles llama el bien. Ese bien consiste en una actividad en concordancia con lo más propiamente excelso del hombre, que es la virtud (3). Y de entre todas las virtudes, la más perfecta: el saber.

El mundo griego, en efecto, es la manifestación de la liberación del espíritu. "Hemos llegado, dice Hegel, al mundo occidental, al mundo del espíritu que desciende dentro de sí, al mundo del espíritu humano... Entre los griegos nos sentimos como en nuestra propia patria, pues estamos en el terreno del espíritu... Aquí es donde por primera vez el espíritu, suficientemente maduro, se da a sí mismo como contenido de su quehacer y de su saber". La pregunta de Sócrates al joven Alcibíades por ¿qué es el hombre? (4), era fruto de una maduración del espíritu. Así, se revelaba como aquel que es capaz de alcanzar la sabiduría (5) siendo de ese modo feliz. Una felicidad que consiste en la expe-

(1) Hegel, G.W.F. *Filosofía de la historia*, Ediciones Podium, Buenos Aires, 1970, p. 473.

(2) Platón, *Alcibíades*, 124b.

(3) Aristóteles, *Etica a Nicómaco*, 1098a 16.

(4) Platón, *Alcibíades*, 129e.

(5) *idem.*, 134b.

riencia propia del espíritu, alcanzando el saber acerca de lo que atañe a uno mismo y de ese modo las cosas de los demás. Pues, aquél que no sabe acerca de sí mismo ignora las cosas referentes al hombre y a la polis (6). El hombre llega a la felicidad por medio de la virtud en el ámbito de la sabiduría. Esa es su libertad. Pues por la virtud el hombre es libre (7). Esa virtud que Aristóteles describía como aquello que nace del obrar "conforme a la recta palabra" (8); y que es la actitud o "la disposición de actuar de una manera libre, que consiste en relación a nosotros, en la medida tal como es determinada por el logos y según lo determinaría el hombre prudente" (9). Este hombre prudente es el phrónimos que poseyendo la phrónesis se conduce según la sabiduría y ha alcanzado la re-flexión. Por ello, para Hegel, en el pueblo griego por haber conquistado la sabiduría moral, había llegado a aletear el espíritu de un modo maduro. Y así "cosa del sabio parece, ser capaz de deliberar de manera recta consigo mismo, sobre lo que es bueno e importante para sí"; pero no acerca de cualquier cosa, sino "con respecto al modo recto de vivir" (10). El "recto vivir" es ese bien a que aspira el hombre y esto es suficiente para el hombre. Pero esa suficiencia (autarkeia) no significa que el hombre se basta a sí mismo, sino que aquel que ha experimentado el espíritu y ha llegado a la sabiduría no puede llevar una vida solitaria (bíon monóten); que ese recto vivir significa un recto co-vivir, pues el hombre es por naturaleza un ser político (11). De allí que la felicidad es una actividad conforme a la máxima virtud, que según Aristóteles es la sophía como virtud del espíritu (nous).

El espíritu no se aísla en sí, sino se experimenta alcanzando su pleno despliegue. Esa actividad, la theoría es la más excelsa de las actividades, arribando al he nóesis nóeseos nóesis (12). Esa es la máxima sabiduría, por la cual la sophía es a la vez espíritu y ciencia (13). Y como es la máxima sabiduría es la sabiduría misma, es el espíritu maduro manifestándose. El espíritu no se manifiesta encerrado, sino que la madurez se alcanza en el movimiento de expansión fuera de sí volviendo a sí enriquecido por haber salido. Y ese movimiento es cons-

(6) idem., 133e.

(7) Cfr. idem., 134a y 135c.

(8) Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1103b 32: katá tón orthón lógon.

(9) idem., 1106b 35-1107a 1.

(10) idem., 1140a 25-28.

(11) idem., 1097b 8-10.

(12) Aristóteles, *Metafísica*, , 7, 1072b 14 y siguientes.

(13) Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1141a 18.

tante desarrollo del espíritu que permanece vivo. Pues, la vida corre todo, o se estanca en un punto. Pero, así como el charco se pudre en su aislamiento y estatismo, la vida crece en el correr de su torrente vital. "Todo es crecimiento y todo es desarrollo" escribía Hegel en sus escritos de la juventud.

El hombre por la teoría no se aísla, sino que en cuanto hombre esa es su tarea; es la tarea del espíritu. Y en cuanto hombre "vive en sociedad y se compromete libremente en los actos conforme a la virtud" (14). El hombre sólo puede ser hombre entanto asuma plenamente el despliegue de su madurez y ella no se encuentra separada de la comunidad, ni en lo puramente social. Pues, el espíritu no deja nada abandonado, ni ignora nada, todo es asumido en la reconciliación. La plenitud y madurez no toleran separación. "La vida del espíritu no es la vida que se estanca ante la muerte y se conserva limpia de estrago, sino la vida que soporta la muerte y se sostiene en ella. El espíritu gana su verdad solamente encontrándose a sí mismo en absoluto desgarramiento. El espíritu es este poder, no como lo positivo que se aparta de lo negativo, como cuando decimos de algo que no es, o que es falso, y entonces lo dejamos de lado y pasamos a otra cosa, sino que el espíritu es este poder solamente en cuanto mira cara a cara a lo negativo y se detiene en él. Ese detenerse es la fuerza mágica que transforma lo negativo en ser" (15). Pero para ello, es menester saber interrogar la propia conciencia y no los oráculos, como hacían los griegos. El espíritu no había llegado aún, plenamente, a su liberación; sólo había sido un maravilloso "amanecer" del espíritu que comenzó su marcha hacia la madurez.

Antes de Cristo el hombre no era aún una existencia plenamente desarrollada por sí misma y, por lo tanto, infinitamente libre. El hombre alcanza con el cristianismo una mayor liberación de sí mismo, y llega a ser más sí mismo. Esa libertad incondicionada, según Hegel, supera con el mundo "cristiano-germánico", el mundo "grecorromano". En otras palabras, el logos griego y el logos cristiano es la doble manera de determinar el concepto ontológico fundamental. La plenitud estaba en la reconciliación de la escisión entre lo humano y lo divino. Esa reconciliación debía efectivizarse dentro de cada uno de nosotros y de esa manera llegar a ser en-sí y para-sí la verdad que es. Por la verdad se es libre. La liberación del espíritu significa que "la conciencia no se queda como natural sino que se convierte en espiritual".

En esta nueva etapa del espíritu el hombre es elevado a la condición de hermano del hombre.

La sabiduría griega se plenifica en el descubrimiento del logos que sabe acerca de sí y permite el surgimiento pleno del espíritu.

Nuestra época pertenece a esa filosofía como sabiduría y que la sophía griega había engendrado.

(14) *idem.*, 1178b 5

(15) Schulz, W., *El Dios de la metafísica moderna*, F. C. E., México-Buenos Aires, 1966, p. 12.

Mas, no por ello, nuestros tiempos son de plenitud absoluta y acabada. Aún el trascendentalismo ahoga el total despliegue de su riqueza y enajena al hombre encerrándolo "dentro de sí".

La filosofía de hoy, si bien ha querido liberarse de la alienación idealista aún "vive" de ella y se refugió en el trascendentalismo de lo "concreto". Mas, todo ello es preparación al por-venir, que ya despunta en un nuevo "renacimiento". De allí que nuestra época se define por la "época de la esperanza". Ya Hegel decía: "no es difícil darse cuenta, por lo demás, de que vivimos en tiempos de gestación y de transición hacia una nueva época. El espíritu ha roto con el mundo anterior de su ser allí y de su representación y se dispone a hundir eso en el pasado, entregándose a la tarea de su propia transformación. El espíritu, ciertamente, no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo. Pero, así como en el niño, tras un largo período de silenciosa intuición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo, y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo se avecina. Estos paulatinos desprendimientos, que no alteran la fisonomía del todo, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo" (16).

Todo lo nuevo no es, sin embargo, ya definitivo. Pues, así como el niño no es perfecto y ha de recorrer un camino arduo para llegar a su acabamiento, también así el mundo nuevo que está naciendo.

No nos podemos quedar con el "ser" inmediato ni con el hombre estático. Pero, tampoco podemos anclarnos en lo "nuevo". El peligro es dejarnos encandilar por él. Debemos saber que la crisis es el preanuncio del nacimiento y allí recién comienza lo que ha de ser verdad en realidad.

El "hombre nuevo" surge del esfuerzo que irá revelando cada vez más el ser, esto es: un hombre nuevo lleno de sentido. He ahí la razón de nuestra esperanza.

No obstante, vivimos en un mundo sin esperanza. Pero también es verdad que el hombre ha crecido a través de los tiempos y que su historia es prueba de ello. El hombre ha ido poseyendo la phrónesis conduciéndose, de ese modo, según la sabiduría. Por la reflexión se fue descubriendo como la libertad en su actitud ética, que es la proyección de su espíritu maduro como ser de la polis. El bien se fue plasmando como madurez en cuanto que esto es la revelación de ser. El amor al saber al cual tendía toda actitud en el griego se fue dibujando como saber

(16) Hegel, G.W.F., Fenomenología del Espíritu, F. C. E., México - Buenos Aires, 1966, p. 12.

mismo. De allí que llega el momento que aquello a lo cual el hombre tendía, lo "fuera de sí", es asumido. Ya el saber no está "más allá", sino es alcanzado en el despertar del "en-sí", es decir, por la experiencia del espíritu. Esa experiencia, en verdad, ha alcanzado la ciencia; pero que como "coronación del mundo del espíritu, no encuentra su acabamiento en sus inicios" (17).

La esperanza está en la paciencia. Querer el mundo nuevo que se espera en el momento deseado, es olvidar el proceso de maduración y es, a su vez, un modo de alienarse y trastocar la marcha del espíritu. Nuestro mundo está en esa perspectiva. Y en cuanto tal va a la deriva y engendra la desesperanza. Sólo la reflexión podrá devolver la esperanza en la plenitud y rescatar al hombre de la inmediatez en que el positivismo lo ha insumido y la "práxis" de Marx lo justifica.

Nuestra esperanza nace con la posibilidad de la libertad por la virtud. Y ésta es nuestro esfuerzo por llegar a la plenitud misma. Así, decía ya Platón, "es menester poner todo de nuestra parte para tener participación de la virtud y la sabiduría, pues es hermosa la recompensa y grande la esperanza" (18). De allí que toda esperanza florece como fruto del esfuerzo. La dejadez arrastra a la alienación. En el esfuerzo se es libre. La esperanza se sitúa en el horizonte de la libertad. Diríamos con Marcel que la esperanza se sitúa en el ámbito de la "prueba", y constituye una verdadera respuesta de ser. El hombre es en su esperanza de ser. La adversidad y crisis conforman el cuadro en que ese llegar a ser se configura. Asumir esa realidad permite no abandonarse, ni confundirse con la crisis misma, sino "hacerse" con él. Por eso la esperanza es el modo en cómo el hombre descubre el sentido a la vida en el esfuerzo de la virtud como proyección de la reflexión en tanto que experiencia del espíritu.

Es menester, por todo ello, hacer hincapié en que la esperanza enuncia mi libertad. Esa esperanza que ahonda todo los escondrijos de lo real y permite discurrir por los canales de las cosas. La esperanza me libera y afirma mi ser ético en el ser-con-otro. Pues, los hombres unidos por la esperanza, "penetran, como los hombres unidos por el amor, en dominios a los que nunca podrían llegar solos" (19). No obstante esa afirmación en su contexto del pensamiento contemporáneo muestra su deambular sin horizonte. La esperanza que podría anunciar un Malraux es la esperanza de nuestro mundo de hoy. Una esperanza ligada a la angustia. Así lo muestra "La condition humaine", y de uno de sus personajes dice: "en lo más profundo, Gisors era esperanza, como era también angustia, esperanza de nada, espera".

Ante la "innoble complacencia burguesa" el hombre contemporáneo ha querido liberarse insumiéndose en el ámbito de la "práxis"

(17) idem., p. 12.

(18) Platón, Fedón, 114c.

(19) Malraux, A., L'espoir, Gallimard, Paris, 1944, p. 233.

concreta" o en la inmediatez del "existir". Mas , con ello se ha "cultivado la desesperación".

La grandeza del pensamiento contemporáneo es haber descubierto que el camino del "fenómeno" y de lo puramente concreto del "existir" conduce a una aporía. Es la época que por la vía de la angustia y la desesperación engendra el camino de la esperanza. De allí que se recuerda hoy, la sentencia de Nietzsche: "el espíritu es lo que salva de ser enteramente consumidos y reducidos a cenizas". Por la experiencia del espíritu el hombre llega a despertar del atolondrado caminar en la noche de la inmediatez, lleno de angustia con la "esperanza de nada". Nuestra época vislumbra ya el nuevo camino y sobre esa esperanza angustiosa nace la esperanza del amanecer.

¿Por qué, justamente, por la reflexión se ha de despertar?

La reflexión, dice Nietzsche, es la virtud de las virtudes. Muchos la desdeñan y por eso hemos vivido mucho del absurdo. Mas, de este árido suelo ha de germinar lo nuevo y la esperanza en él. La obra del hombre es construir un mundo de sentido "y el sentido está siempre en devenir; nuestro ser es, por consiguiente, un ser-en-camino hacia un futuro", hacia un por-venir con esperanza.

La desesperanza, no obstante, corroe nuestro mundo. En nuestra época muchos viven sin esperanza, muchos tienen la esperanza de nada, "la angustia o la esperanza de la muchedumbre". Mas, nuestra época también es un tiempo de egotismo, en donde, el ego se fue trascendentalizando hasta su más radical expresión.

La tarea de la reflexión emerge como liberadora de lo trascendental. Lo nuevo está lleno de espíritu, que ha de brotar como sabiduría. Por ello, la esperanza no es afirmación de un futuro mejor, sino el sentido del mundo de hoy. No se trata de un optimismo, sino del esfuerzo de la experiencia del espíritu. De allí que "esperar, al decir de Marcel, es dar crédito a la realidad"; es la disponibilidad a lo que se abre.

Ya no es la esperanza de nada, sino la esperanza de la reflexión. El hombre se ha embriagado por mirar demasiado "fuera de sí" sin encontrarse a sí mismo. Lo "fuera de sí" debe ser asumido y el saber ya no está "más allá", sino es alcanzado en el despertar del "en-sí".

"Entrar en sí, decía S. Agustín, es salir de sí". Pues, por la reflexión el hombre se afirma y como tal se compromete. Comprometerse en este sentido significa la obligación de asumir y revelar el sentido de lo que es. Es afirmar la experiencia del espíritu frente a la "trascendentalidad" kantiana y la realidad del "universal concreto" frente a la inmediatez de la existencia.

De la cèpa de la desesperación ha de surgir el espíritu glorioso; ha de abrirse el camino de la esperanza. Pues, si es verdad que lo que a cada uno le es propio por naturaleza es también para él lo mejor y más dulce cosa, como decía Aristóteles, así la vida más feliz para el hombre es la reflexión. Pues, en el interior del hombre habita la verdad, decía S. Agustín; y desde allí habrá de encontrar la apertura como ciencia o saber.

La ética aristotélica que giraba en torno del encuentro del hombre con el hombre se fue desplegando, haciendo de la vida felicidad. Ese encuentro se fue robusteciendo en el paulatino descubrimiento del

hombre de sí, hasta afirmarse en-sí. La felicidad se hace. No es producto de lo violento; es fruto del esfuerzo. Así como la intención aristotélica fue surgiendo y transformándose en la historia del hombre, así también habrá de surgir una nueva visión de esa intención, una "nueva" ética de entre el drama humano. Por ser el hombre espíritu habrá de encontrar su propia libertad. Pero la marcha de este espíritu es lenta. Acelerararlo es fatigarlo. La fatiga es letal y con él el hombre se encierra trágicamente. En la tragedia se cree que ya no hay esperanza y que se está prisionero "como una rata, con todo el cielo pesando sobre las espaldas" (20). Un mundo ante el cual sólo cabe la violencia y destrucción como las desesperadas aleteadas del pájaro en su jaula. Sólo puede lastimarse, y hundirse más aún en su propio abandono. Así, la vida se desdibuja como "náusea" y viscosidad sartriana.

La violencia es la desesperación del alienado. La reflexión como experiencia del espíritu es la virtud del que se hace libre en el drama. La lucha significa construcción de sí en la fraternidad alcanzando la completa libertad de la verdad. Pues,

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de afuera (21).

¿Qué son los de afuera? Todo trascendentalismo o ilusión. Todo aquello que arrastra a la alienación de la esperanza de nada. Todo aleteo enraizado en la inmediatez. Allí toda unión es instantánea; pues, la "unión verdadera" se plasma en la lenta y paciente experiencia del espíritu revelando "lo nuevo" por-venir como la sabiduría misma. "Lo nuevo" habrá de surgir del espíritu que sigue luchando en el drama contemporáneo porque espera salir de él.

No se opone al drama, se encuentra en él y sabrá asumirlo. Pues, nada olvida ni desprecia, todo lo asume. "Lo nuevo" se irá manifestando en esa ley primera como la ley ética que nace desde el hombre mismo afirmado como en-sí en la plenitud del saber. Así desde la "desgraciada" experiencia del desprecio y a veces "horror" contemporáneo, nacerá el nuevo mundo del espíritu alcanzando su plena felicidad.

La vida ética como "reflexión y virtud" será la "totalidad del vivir" en el "despliegue de la conciencia de libertad".

Desde la esperanza se visiona la alborada de esa vida que por estar imbuido de espíritu anuncia la completa libertad de la verdad.

Nuestra tarea con ello no acaba, sino recién comienza. Pues, el hombre "no se encierra en ninguna de sus construcciones, sino que las sobrepasa a todas, ya que es a la par una aspiración y una presencia, más allá de todo cuanto construye. El pensar auténtico debe des-

(20) Anouilh, J., *Antigone, La table ronde*, Paris, 1944, p. 57.

(21) Hernández, J., *Martín Fierro*, II, 4691-4696.

prenderse constantemente de sus resultados para llegar a coincidir con su esfuerzo, a identificarse con su acto, a renacer siempre de sus muertes sucesivas, a permanecer contemporáneo de su eterna juventud. La reflexión, en ese sentido, es el acto del espíritu, puesto que filosofar es aprender a no morir" (22). Y la historia de la filosofía es la historia del crecimiento del hombre y la filosofía de la esperanza.

(22) Lacroix, J., El sentido del diálogo, Fontanella, Madrid, 1970, P. 17.